

juntas: el café, los bananos, los cereales, el cacao y el hule, la ganadería, las maderas de nuestros bosques, los metales de nuestras minas y los productos de nuestra industria.

4.^a—La distribución de nuestra energía hidráulica, a todos los confines de nuestro país, por medio de la electricidad y su utilización para el alumbrado, la calefacción, la fuerza motriz y la agricultura *no será un acontecimiento de realización remota. Tendrá lugar en un corto período de tiempo*, probablemente en medio siglo, porque las exigencias de la vida moderna en corriente eléctrica son cada día más apremiantes. La corriente eléctrica es ahora tan necesaria para la vida como el aire, el agua, o el alimento. Ya no es posible prescindir de ella.

5.^a—*La energía hidroeléctrica debe ser utilizada por el Estado para el mayor beneficio de todos.* Las teorías en contra de esta tesis son anticuadas. Ahora está asomando en el mundo un pensamiento nuevo, precursor de una nueva y mejor civilización.

6.^a—No sólo constituye la energía eléctrica nuestra *principal riqueza*. Ella es la base de nuestro *poder*. La entrega de esta energía a un poder extraño a nuestro país, nos colocaría en *la posición del más humillante vasallaje*.

7.^a—La supresión súbita de los servicios eléctricos produciría en el mundo cataclismos comparables a los producidos por las guerras, o los terremotos, las hambres o las pestes. No es posible que tan tremendo poder esté bajo el control de empresas e intereses particulares. Como

no sería posible la vida, si ella dependiera, por ejemplo, de una empresa monopolizadora del aire, del agua o del pan.

y 9.^a—Si os dijeran que debíais entregar a una compañía extranjera vuestros cafetales, vuestras milpas, frijolares y arrozales, vuestros potreros con sus ganados, vuestros bosques y sus maderas, como entregásteis vuestras mejores tierras del Atlántico y del Pacífico, alegando que no tenéis capacidad para administrar y explotar estas riquezas, y que debéis contentaros con solicitar de los amos de afuera que os admitan como siervos en las fincas que fueron vuestras; si os dijeran que debéis entregar a los explotadores de afuera el ferrocarril al Pacífico y el muelle de Puntarenas, si os dijeran que debéis entregar vuestro cuartel de policía, vuestros soldados, vuestros tribunales y todo lo que representa la fuerza de vuestra nación, es seguro que todos os levantaríais como un solo hombre, en defensa de vuestra vida y la de vuestra nación.

Lo que ahora se pretende sería un despojo aún más grande que el de todo esto.

Por esto, ahora que un enemigo externo, con la cooperación de algunos enemigos internos de Costa Rica pretende desquiciar nuestro Servicio Nacional de Electricidad instituido para custodia de *los más grandes intereses del Estado*, precisa que todos los costarricenses, hombres y mujeres, jóvenes y niños, se den cuenta cabal de la trascendencia del momento actual y asuman la actitud de defensa, que en los momentos de peligro para la Patria corresponde a los verdaderos patriotas.

Enrique Jiménez Núñez

Guadalupe, Costa Rica. 11 abril. 1931.

Una noche en los pantanos...

(Viene de la página 236)

todo: de los caballos, del carruaje, de la inmensa extensión de los pantanos y hasta del viento y del cielo con sus estrellas "sin número", como decía la abuela.

Aquella noche, como si su corazón le anunciara el drama que había de desarrollarse, no experimentó ningún deseo de "mandar". De pie en la carreta, siguió con la mirada el avance del tío, observando el estremecimiento de las cañas de tres metros de altura que el campesino iba apartando para abrirse camino. Después se estuvo quieto. De cuando en cuando, bandadas de gansos y de patos silvestres, sorprendidos y alarmados en su sueño por aquella visita nocturna, alzaban el vuelo entre aleteos ruidosos. Adrián los contemplaba a la luz de la luna con emoción. Entrábanle grandes deseos de gritarles: "¡Llevadme con vosotros!"

La brisa ligera y el murmullo de las cañas le acariciaban los sentidos hasta el punto de hacerle perder toda noción de tiempo y de lugar. Así hubiera podido permanecer largo tiempo sin mover ni un dedo, porque aquellos instantes no los saboreaba en la vida perversa de todos los días, llena de gritos y de blasfemias. Cuando algún buho rasgaba el silencio con sus chillidos de mal augurio, Adrián sufría un sobresalto como si estuviera dormido.

Hacia ya largo rato que Dimi había partido. Adrián tenía ahora fija la mirada en la cresta de

las cañas, las cuales debían inclinarse mucho a la vuelta, debido a las grandes gavillas que el tío traía consigo. El movimiento se dibujaba desde muy lejos, hacíase cada vez más distinto, y al fin, asestando grandes golpes a diestro y siniestro, aparecía el tío Dimi. También aquella noche apareció, pero extenuado ya por el primer viaje, mojado hasta el pecho y cubierto de gruesas gotas de sudor.

—¡Ah! Esta vez está duro de pelar...—dijo dejando caer las gavillas y la podadera—. El agua está muy alta y ya han arramplado con todo lo que estaba fácil. Tengo que ir a buscar la caña a los mismos infiernos.

El tío Dimi se sentó, enjugóse el sudor y lió un pitillo. Después habló como para sus adentros:

—No voy a poder cortar mucho esta noche. Una carretita de tres francos a lo sumo...

Y volviéndose hacia Adrián:

—Bueno, ¿no tienes gana? Vamos a tomar un bocado...

El tío aplastó una cebolla entre la palma de las manos, la espolvoreó de sal y ofreció la mitad a su sobrino a guisa de refrigerio. Con la *mamaliga* lo encontraron excelente. Después se pasaron la *plosca*.

—¿Están tranquilos los caballos?

—Sí—contestó Adrián—, pero el de la derecha no come y no hace más que enderezar las orejas.

—¡Qué mal bicho!

Dimi cogió la podadera y se fué al segundo *drum*. Llamábase *drum* a cada viaje del que se traían dos gavillas bajo el brazo, y por la tarde, al regresar del mercado, se decía: "Era un cargamento de diez, de doce, o de quince *drumuri*".

Y esto por tres, por cuatro o por cinco francos por penas y dramas sin nombre, como se dió el caso aquella noche.

Estábase en el sexto *drum* y Dimi acababa de partir de nuevo cuando un relincho estridente rasgó el silencio y le dejó clavado en el sitio. Adrián se quedó helado hasta los tuétanos, pues conocía la cólera de su tío. Este apareció con las manos vacías, ensombrecido. Con voz de padre bondadoso se puso a hablar al caballo culpable, al de la derecha:

—¡Vamos, vamos, por Dios! ¿No se te ocurrirá armarme jaleos? ¿Qué es lo que te falta?

Le atendió solícito, le acarició y, marchándose nuevamente, le dijo a Adrián:

—No te apartes de su lado... Se cansa... No le pierdas de vista: Unas cuantas gavillas más, sólo las suficientes para que no seamos la irrisión del mercado... y nos iremos.

Pero apenas había desaparecido en el cañaveral tuvo que regresar corriendo: el caballo había lanzado un nuevo grito.

—¡Por la Virgen santísima! ¡Si sigues así te como las orejas! ¡Toma!

Y arrojándose sobre el animal le asestó una patada en el vientre que resonó dolorosamente. El pobre animal se estremeció al golpe y volvió la cabeza para mirar con sus afables ojos al que le maltrataba. Adrián temblaba como si hubiera sido él quien hubiese recibido el golpe en las entrañas, y le suplicó a su tío que no pegara más al caballo.

—¡Vamos a enganchar!—dijo el campesino—. No podemos hacer nada, nos va a traicionar... ¡Por todos los santos! ¡Qué noche nos ha estropeado!

Pusiéronse en camino. Todavía era muy de noche. Antes de que hubieran salido siquiera de los pantanos el resabiado animal se negó a seguir tirando y se paró en seco. Empezó a patallar, y resoplando por las narices enderezó las orejas. Dimi se quedó pensativo.

—¿Por qué hace esto, tío?—le interrogó Adrián.

—Es un semental, hijo mío. Debe haber olido a alguna yegua por los contornos. Cerca de aquí debe haber algún campesino con una yegua. ¡Oh! ¡Esto va a acabar mal esta noche!

El tío Dimi se santiguó tres veces al tiempo que se descubría:

—¡Que el Señor nos libre de desgracias!

Y escupió de lado:

—¡Puaf! ¡Demonio vete al desierto!

El tío se bajó de la carreta, cogió al caballo por el freno y de este modo pudieron hacer aún un poco de camino. De repente el desdichado animal relinchó dos veces seguidas en la mano de su amo. El hombre sintió que los cabellos se le erizaban debajo del gorro. La sangre se le subió a la cabeza y se puso a golpear al caballo ciega-mente, primero con los puños y con los pies, después con un garrote que sacó de la carreta y que se partió en dos por la violencia de los golpes.

El caballo se aturdió, su compañero se asustó también y ambos a dos emprendieron de pronto una carrera vertiginosa. Salieron de la carretera y se metieron en un barbecho, en donde al tío no le fué ya posible dominarlos. El semental lanzaba relinchos incesantes y arrastraba la carreta hacia los pantanos, mientras que Dimi, luchando por hacerle volver al camino, se veía desbordado, rendido, a punto de morir aplastado, en jirones todas las ropas y con la mitad del pantalón perdida ya en la carrera.

Entonces se produjo lo horrible: sin dejar de correr, Dimi clavó la hoz en el vientre del semental y se paró en seco. El filo rasgó de extremo a extremo todo el vientre, que se vació. El animal se desplomó como herido por el rayo.